



ANECDOTARIO DE LA REFORMA

Germán LIST ARZUBIDE

FUE don Benito Juárez hombre de pocas palabras según informan sus biógrafos, razón por la cual no se conocen muchas anécdotas de sus decires; y a pesar de que vivió en plena tormenta su vida fue tan sencilla en lo personal, como era él en todo, que hay poco que contar de su vivir como hombre, aun cuando sobresale inmensamente en su existencia de héroe. A pesar de esto, las pocas anécdotas que se relatan, lo presentan en toda su grandeza, como hombre de frío valor, sin arrogancias ni alardes, austero, fiel cumplidor de la ley por encima de todo, seguro de su camino y firmemente convencido de la bondad de su empeño.

Las anécdotas principian dentro de la leyenda como digno marco a una vida que linda con lo extraordinario, a una vida que asentada en la más pura realidad, parece encarnar en el mito. Leyenda es, seguramente, la de la Laguna Encantada, pequeño depósito de agua que no da proporciones para el relato, pero que en sí, revela cómo los pueblos, enamorados de sus héroes, agregan a sus vidas hechos y sucedidos en los que ponen el sueño que los eleva sobre lo cotidiano. Es lo que, si no fue cierto, debió serlo, porque el héroe pudo haberlo realizado.

Y es el caso que se dice que siendo Benito muy niño, cuando cuidaba los borregos de su tío Bernardino, un día se quiso hacer una flauta con uno de los carrizos que crecían en las márgenes de la Laguna Encantada. Brincó sobre una pequeña lengua de tierra que al parecer formaba parte de la orilla y cuando más entretenido se hallaba en la

búsqueda del mejor carrizo, un fuerte viento arrancó de la margen aquel trozo de tierra que flotaba como una chinampa y lo llevó hacia el centro de la laguna. Benito se halló de pronto rodeado de la soledad y el silencio. La tarde caía y no había manera de salir de aquella isleta. Vino la noche y con ella la obscuridad, el frío y el hambre y el pequeño indio se tendió estoicamente a dormir esperando el nuevo día. Cuando despertó, el viento había llevado la chinampa nuevamente a la orilla y Benito, con su carrizo escogido, saltó a la orilla y volvió a su jacal a contar tranquilamente su aventura.

Su pasión por educarse está retratada en los *Apuntes para mis hijos*, breve anotación biográfica en la que relata: "...los ejemplos que se me presentaban de algunos de mis paisanos que sabían leer y escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía..."

Tenía escasos doce años cuando decidió escapar del lado de su tío Bernardino camino de Oaxaca, la ciudad donde la gente podía educarse, y a pie, sin pan alguno, confiando nada más en su decisión, emprendió el viaje que duró todo el día, llegando en la noche a la ciudad desconocida. Esto aconteció el 17 de diciembre de 1818.

Su protector don Antonio Salanueva pretendía que el joven Benito siguiera la carrera del sacerdocio, pero a éste le repugnaba seguir ese camino, particularmente porque en aquellos días los sacerdotes



destinados a servir en los pueblos, estudiaban muy poco y Benito deseaba ensanchar sus conocimientos y con toda firmeza le explicó a su protector las razones que lo impulsaban a seguir la carrera de leyes, en un instituto que era llamado por los enemigos casa de prostitución y a sus ocupantes herejes y libertinos. “Los padres de familia rehusaban mandar a sus hijos a aquel establecimiento y los pocos alumnos que concurríamos a las cátedras éramos mal vistos y excomulgados por la inmensa mayoría ignorante y fanática de aquella desgraciada sociedad. Muchos de mis compañeros desertaron, espantados del poderoso enemigo que nos perseguía. Unos cuantos nomás quedamos sosteniendo aquella casa...”

Recibido de abogado, su primera defensa fue para los indígenas del pueblo de Lorchica, expoliados por un cura que les cobraba en forma atrabiliaria. Por esta defensa fue a su vez acusado “de sublevar al pueblo contra las autoridades...” llevado a la cárcel y mantenido en prisión por espacio de dos semanas. “Estos golpes que sufrí y que veía sufrir casi diariamente a todos los desvalidos que se quejaban contra las arbitrariedades... me afirmaron en el propósito de trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas”.

Cuando ocupó el cargo de Gobernador de Oaxaca llegó un día a visitarlo su cuñado José Maza y como lo invitan a comer éste dijo “por mí no se preocupen, pues hasta con coles fritas me conformo” y no sabía que ese día los esposos no habían comido más que coles fritas porque no tenían otra cosa. Así estaba de pobre el señor Gobernador.

Por esos días se celebró un baile en el Instituto de Oaxaca al terminar el curso del mismo. El Gobernador don Benito Juárez y su familia concurrían



ron al baile y en plena fiesta un joven estudiante mal vestido se acercó a una de las hijas de don Benito y la invitó a bailar. La jovencita lo miró desdeñosamente y le dijo que no bailaba por estar indispueta, con lo que el estudiante se retiró muy mortificado. Acto seguido un petimetre muy elegante se acercó a la jovencita y le hizo igual invitación y cuando ella se disponía a aceptar, el Gobernador o sea don Benito, que había observado la escena se acercó y pidió al solicitante excusara a la señorita por hallarse indispueta y dirigiéndose a esta le dijo: “No bailaste con el estudiante porque lo viste pobre y mal vestido. No olvides que tu padre fue también un estudiante pobre y que también anduve con raída indumentaria”. Después llamó al desairado y le dijo: “Amigo, mi hija le suplica le perdone que no haya aceptado su anterior invitación por hallarse indispueta; pero pasado su mal acepta muy complacida bailar con usted...”

Pasó en la Habana y Nueva Orleans días muy amargos desterrado por el gobierno santanista y cuando estalló la revolución de Ayutla se presentó al general don Juan Alvarez ofreciéndose como un civil que quiere servir a la lucha. El hijo del general Alvarez mirándolo tan mal vestido le encargó des-



pachar como amanuense, hasta que un día se recibió una carta dirigida al señor licenciado don Benito Juárez. Se buscó al destinatario y cuando el hijo del general Alvarez se dio cuenta de quién se trataba vino muy mortificado a darle una disculpa por no haberlo reconocido. Juárez le respondió: “Yo no vine a hacer valer ningún derecho, sino a servir a una causa que salvará a México”.

Siendo ministro de Justicia en el gobierno del Gral. Alvarez concurrió un día con don Guillermo Prieto a una función del Teatro Nacional, hallando su asiento ocupado por un rancharo, el que al pedirle lo desocupara respondió: “¿Pues qué no he pagado? ¡Vaya el roto a buscar madre...! Juárez se retiró a otro lugar y cuando en el entreacto el acomodador explicó al rancharo quién era el reclamante del asiento y este quiso ir a pedir perdón a don Benito este no lo dejó disculparse y le pidió siguiera ocupando el asiento.

En 1857, cuando Comonfort planeaba ya dar el golpe de Estado desconociendo la constitución recién jurada, hizo llamar a don Benito Juárez que ocupaba el cargo de ministro de Gobernación y le dijo: “Te quería comunicar que estoy decidido a

cambiar de política y que tú me acompañarás” y le informó de su intención de desconocer la flamante Constitución. Juárez le replicó: “Te deseo mucho éxito en el camino que vas a emprender pero yo no te acompaño”. Y no agregó una palabra más a las reiteradas instancias de Comonfort para obligarlo a una declaración.

Consumado el golpe de Estado, Juárez, que además de ministro de Gobernación era el presidente de la Suprema Corte, ocupó, de acuerdo con la propia Constitución el puesto que abandonaba Comonfort y abandonó la capital en poder de los reaccionarios. Llevando únicamente el manto de la legalidad, Juárez, con el escaso número de sus adictos se trasladó a Guanajuato donde formó gobierno liberal y poco después llegaba a Guadalajara. Allí supo la terrible derrota de sus fuerzas en la batalla de Salamanca. Juárez se hallaba en junta con su gabinete cuando le llevaron la noticia. Todos quedaron en silencio ante noticia tan terrible, silencio que Juárez rompió diciendo con gran tranquilidad: “Le han quitado una pluma a nuestro gallo” y acto seguido ordenó a don Guillermo Prieto, designado ministro de Hacienda de su gabinete, redactara un manifiesto en el que dijera que a pesar de ese y otros desastres, la lucha seguiría hasta el fin.

Y fue en Guadalajara donde se puso de manifiesto la tranquila serenidad de Juárez frente a la amenaza de morir. Una tarde, precisamente cuando se celebraba una reunión del Gabinete estalló un motín en el propio Palacio de Gobierno y la guardia se vio arrollada y vencida. Se había sublevado una parte de la tropa y se apoderó de Palacio. En un momento todo se volvió confusión y desorden. Un grupo de soldados sublevados penetró en la sala donde se hallaban Juárez y sus ministros. El capitán que los mandaba ordenó al pelotón disparar contra el grupo. Juárez, impasible, se asió del pestillo de la puerta y esperó. Iba a sonar la descarga, cuando don Guillermo Prieto, en un momento de sublime decisión, cubriendo con su cuerpo al Presidente gritó a los soldados: “¡Deténganse, los valientes no asesinan! Y les dirigió una encendida arenga que hizo a los soldados bajar las armas salvando así la vida de Juárez y los suyos. Juárez seguía impasible.

Cuando las fuerzas francesas, después de rendir Puebla avanzaron sobre la capital, Juárez tuvo que abandonar el Palacio Nacional, pero, esclavo de la Ley, antes quiso clausurar las sesiones del Congreso leyendo su último informe. Después, esperó a las seis de la tarde para que el pabellón nacional



fuera arriado y cuando la enseña nacional bajó en medio de los toques de clarín y el estampido de los cañones, Juárez la tomó entre sus manos, la besó y esperó hasta que la última nota del Himno Nacional se apagara. Después, dirigiéndose a la multitud que contemplaba conmovida el acto, gritó ¡Viva México! y partió nuevamente hacia el destierro.

Cuando saliendo de Guadalajara llegó a Colima, algunos de sus acompañantes un día se entretenían en tirar a los cuervos. Un individuo vestido de rancharo los increpó diciéndoles; "Señores, está terminantemente prohibido tirar dentro de la ciudad porque esto pone en peligro la vida de quienes aquí viven" Juárez que escuchó esto se adelantó para saludar al que así hablaba y le preguntó: "¿Se puede saber con quién hablo?" "Soy el alcalde de este lugar", le respondió. "Pues lo felicito a usted por su enérgica actitud", le dijo don Benito y se puso a sus órdenes como Presidente de la República.

Y en Veracruz, después de dar la vuelta por Panamá, Juárez se alojó en la casa que le proporcionó el Gobernador Gutiérrez Zamora. El primer día de su llegada al levantarse se asomó a la puerta de su cuarto en mangas de camisa y pidió a una sirvienta agua para averse. La muchacha, que por cierto era una negrita, al ver a ese señor de tipo tan indígena lo tomó por uno de su igual y le dijo "¡Vaya impertinente, sírvase usted si quiere..." Juárez tomó la jarra y se sirvió el agua. Cuando a la hora del almuerzo, la negrita vio a Juárez ocupar el lugar de honor, toda compungida contó a sus patrones lo sucedido y quiso ir a pedir perdón. Juárez calmó a la muchacha y rio de lo ocurrido.

Cuando las fuerzas invasoras francesas llegaron a Chihuahua y por falta de elementos el Gral. Luis Terrazas advirtió a Juárez que no podría defender la plaza y le aconsejó huir hacia los Estados Unidos, Juárez le respondió: "General, usted conoce este territorio, lléveme a la región más abrupta de la sierra, al lugar más inaccesible y si es preciso allí me moriré de hambre y sed, pero sin salir del territorio nacional, pues si eso hiciera, dejaría de ser Presidente de la República".

Trinufante la República, el poeta Juan de Dios Peza, hijo de uno de los servidores del Imperio, se acercó a Juárez y le dijo que no contaba para continuar sus estudios más que con una beca y le confesó que su padre había sido servidor del Imperio. Juárez lo escuchó impassible respondiéndole nada más: "venga usted mañana, joven". Al día siguiente

te cuando el poeta se presentó, Juárez, sin decirle una palabra, le entregó un sobre y le extendió la mano. Ya en la escalera, Juan de Dios Peza abrió el sobre y halló la orden del Presidente para que le fuera devuelta la beca.

Tuvo para morir la misma serenidad que lo acompañó en la vida. El mismo día que sufrió el primer síncope, continuó despachando su correspondencia y por la tarde salió a su acostumbrado paseo en carretela acompañado de sus hijas. Al día siguiente ya no pudo salir de sus habitaciones y por la noche, mientras afuera de su recámara estaban sus ministros, que no se atrevían a entrar, pues Juárez le había prohibido a su hijo Benito que diera la noticia de su enfermedad, llamó a su criado Camilo y le pidió le comprimiera con la mano el lado del corazón. Cerró los ojos y sin agonía, se quedó dormido para la eternidad.

Pero Juárez tuvo aun otra virtud, la de engendrar la fe y la seguridad en el triunfo que sostuvo la lucha contra los conservadores y el Imperio sin desmayos y sin titubeos. Fue esta confianza la que originó una actitud resuelta y de sacrificio que se advierte lo mismo en los campos de batalla que en la precaria paz que siguió al fin de la Guerra de Tres Años y a la destrucción del Imperio. Sacrifi-



cio que hizo a los que iban a morir, caer con tranquila dignidad como aconteció con Ocampo y con los generales José María Arteaga, Santos Degollado y Leandro Valle, entre otros muchos victimados por un enemigo sediento de sangre, o conservarse dignos y austeros, incorruptibles ante el oro y el mando como lo prueba la inmaculada conducta de Ignacio Ramírez, de Guillermo Prieto, de Ignacio Mariscal, de toda aquella pléyade de patriotas que murieron en extrema pobreza después de manejar millones. De aquella fe en la victoria que crea valor y honradez de sacrificio, obra también de Benito Juárez, existen gloriosas anécdotas que vale la pena de recordar.

El 1º de enero de 1861 regresaba a la capital de la República el gobierno constitucional de Juárez. Parecía haber terminado la llamada Guerra de Tres Años, pero los reaccionarios no se conformaban con la derrota y a fines de mayo de ese año, una partida de clericales, al mando del bandido español Lindoro Cajiga llegó hasta la hacienda de Pomoca, en el Estado de Michoacán, a donde se había reti-



rado a la vida privada don Melchor Ocampo, después de su dura lucha por el triunfo de la causa liberal, y lo aprehendieron diciéndole llevar orden para hacer esto del sanguinario Leonardo Márquez, el llamado Tigre de Tacubaya. Los aprehensores de Ocampo lo hicieron montar a caballo y lo condujeron a Maravatio, Villa del Carbón y por último a Tepeji del Río. Ocampo, que sabía cuál iba a ser su fin, al llegar a esa última población el 3 de junio, pidió se le dejara escribir su testamento lo que hizo con un pulso tan firme, que deja ver la tranquilidad que tuvo para morir. Llevado ante Márquez y Zuloaga, en la hacienda de Caltengo, todavía con la misma letra, agregó una nota a su testamento y se dispuso a ser fusilado. Llamado un sacerdote para que lo confesara, Ocampo se negó al acto diciéndole: "Padre, estoy bien con Dios y El está bien conmigo". Nuevamente lo hicieron subir al caballo y quienes lo vieron a esa hora próximo a sucumbir, contaron que el impassible rostro del mártir no manifestaba emoción alguna, mientras su mano iugaba tranquilamente con el fuste acariciando la cabeza de su cabalgadura. Al llegar a un punto que al asesino Cajiga pareció conveniente dijo "Aquí" y ordenó a Ocampo bajar mientras formaba el cuadro. Firme y sereno Ocampo ocupó el lugar que se le señaló y cuando se intentó vendarle los ojos, dijo con clara voz: "Puedo ver llegar a la muerte. Mi única recomendación es que no me tiren al rostro" y esperó la descarga que lo privó de la vida. Los asesinos todavía agregaron a su delito la villanía de colgar el cadáver de las ramas de un árbol.

* * *

Tan horrendo crimen, al conocerse en la capital, hizo estallar el furor de los liberales. Voces violen-





tas clamando castigo y venganza se levantaron en el Congreso pidiendo castigo a los victimarios. Juárez expidió un decreto poniendo a los autores del delito fuera de la ley. En esa hora se presentó ante la Cámara el Gral. Santos Degollado, el llamado con justicia Santo de la Reforma, aquél que junto a una conducta de plata arrebatada al enemigo, que valía miles de pesos, fue visto remendando sus pantalones, se presentó a ofrecer su espada para salir a batir al execrable enemigo. El Congreso en pleno le otorgó el mando y Degollado salió a buscar a los asesinos cayendo en una emboscada en el Monte de las Cruces. Dispersos sus soldados, ante la sorpresa se desbandaron, el Gral. Degollado tratando de hacerlos recobrar la moral los increpó con voz de trueno, sus palabras de aliento llamaron la atención del enemigo que por ellas reconoció al jefe y sobre él se lanzaron; en ese momento el caballo que montaba resbaló y Degollado cayó al suelo; cuando trató de levantarse, una multitud ebria de odio lo rodeó y lo acribilló furiosamente.

Una vez más el Congreso ardiendo en ira pidió un castigo ejemplar para los reaccionarios y se comisionó al joven general Leandro Valle para que saliera a combatirlos, y otra vez el Monte de las Cruces fue fatal para las fuerzas liberales. Rodeado Valle, que tenía fama de ser valiente hasta la temeridad combatió hasta que el parque se agotó a su cuadro y entonces ordenó romper el sitio. Se lanzó a caballo sobre las filas enemigas y consiguió pasar por entre ellas pero poco después fue detenido. Conducido ante Márquez éste ordenó de inmediato el fusilamiento. Llevado por el asesino de Ocampo, Lindoro Cajiga, se le formó el cuadro.

—“¿Quién ha ordenado mi fusilamiento?” preguntó:

Alguien le dijo que Márquez.

—“Hace bien, respondió Valle, pues si a mí me hubiera tocado tomarlo prisionero, lo fusilo sin piedad”.

Se presentó un sacerdote pretendiendo confesarlo. Valle le dijo: “No pierda usted el tiempo, pa-



dre, no me confieso, no creo en eso pero en cambio, le obsequio a usted mi capa”.

Y despojándose de su hermosa capa gris de campaña la puso sobre los hombros del sacerdote. Después obsequió sus finas botas federicas al coronel Ismael Piña y pidió le permitieran escribir una carta de despedida a sus padres. Con firme pulso escribió:

“En el Monte de las Cruces. Junio 23 de 1861.
—Padre y madre queridos; hermanos todos: Voy a morir porque esta es la suerte de la guerra y no se hace conmigo más que lo que yo hubiera hecho en igual caso; por manera que nada de odios, pues no es sino en justa revancha. He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan ustedes y que nuestro nombre sea honrado...”.

Se quitó del cuello una cadena de oro con una medalla que su madre se había empeñado en ponerle antes de salir a campaña y se la dio al cura diciéndole:

—“Le suplico devolverlo a mi madre diciéndole que el santo ese no es muy milagroso”.

Sacó de su bolsillo el dinero que tenía y lo entregó a los soldados que iban a tirar sobre él y al ver que pretendían fusilarlo de espaldas dijo:

—“¿Por qué me han de fusilar de espaldas? ¿A quién soy traidor?”.

Y como le dijeran que era la orden terminante de Márquez, respondió:

—“Lo mismo da morir de frente que de espaldas. La patria escogerá”.

Márquez hizo colgar el cuerpo a un árbol diciendo:

—“Estos jóvenes de valor y talento son los peligrosos y son los que debemos hacer desaparecer”.

Junto con Valle fue fusilado su ayudante, el francés Aquiles Collín, joven revolucionario que se había unido a los combatientes por la libertad de México. Se había salvado del desastre, pero al saber que su jefe estaba prisionero regresó y se presentó a Márquez.

—“¿Quién es usted?”. Le preguntó el fiero reaccionario.

—“Soy el capitán Aquiles Collín, ayudante del general Valle”.

Márquez no tuvo más que una palabra:

—“Fusílenlo”.

Pasará el tiempo. Vendrá el imperio y con él la guerra sin cuartel amparada por la Ley de Maximiliano de fusilar sin piedad a todos los prisioneros de guerra. Uno de los generales más leales, José María Arteaga, que había hecho una larga guerra contra los reaccionarios, cayó prisionero en Santa Ana Amatlán, traicionado por el Tte. Cor. Julián Solano y el capitán Pedro Tapia, comprados por el enemigo. Fue llevado ante el Gral. Méndez.

—“Tengo órdenes precisas del emperador Maximiliano —le dijo Méndez a Arteaga—, de fusilarlos a todos ustedes, pero nada más lo haré con los jefes”.

—“Cumpla usted con esas órdenes” le respondió tranquilamente Arteaga.

Los jefes eran Arteaga, Carlos Salazar, Villagómez, Díaz Paracho y Juan González.

Cada uno de los prisioneros escribió una carta de despedida a sus familiares. Arteaga escribió a su madre:

—“...no dejo otra cosa que mi nombre sin mancha...”.

Y efectivamente eso dejaba. Siendo gobernador de Michoacán, se le presentó el director de las escuelas del Estado diciéndole que sus profesores hacía tiempo que no cobraban. Arteaga mandó llamar al tesorero y le dijo:

—“¿Cuánto dinero tiene usted?”.

—“Doscientos pesos” respondió el empleado.



—“Dele usted ciento ochenta al señor director para sus profesores y guarde veinte para el correo”. Y acto seguido, sacando su reloj de oro, le dijo a su ayudante Jacinto Hernández

—“Dile a Jiménez que me preste cincuenta pesos por este reloj y llévalos a mi mujer que está esperando para hacer el gasto del día”. (Jiménez era un empuñero de la localidad).

En aquella ocasión murió también el general Carlos Salazar, uno de los republicanos más valientes. Sorprendido por la traición de Solano y Tapia, se encerró con unos cuantos de los suyos en una casa y desde allí se batió hasta agotar el parque. Obligado a rendirse, fue llevado ante el coronel Méndez quien le hizo saber, al igual que a Arteaga, la orden del emperador. Salazar pidió únicamente escribir la despedida a su madre en la que le dijo:

—“...bajo a la tumba a los treinta y tres años de edad, sin que haya una sola mancha en mi carrera militar, ni el menor borrón en mi nombre. No llores mamá, ten conformidad, pues el único delito de tu hijo consiste en haber defendido una causa sagrada: la independencia de su patria...”.

Delante del cuadro que iba a fusilar a los cinco prisioneros al mismo tiempo, la serenidad de todos fue grandiosa. Arteaga dijo:

—“Muerdo defendiendo la integridad de mi patria, no como general, sino como mexicano”.

Salazar, fiero y orgulloso, se desabrochó la camisa y señaló a los soldados dónde tenía el corazón diciéndoles:

—“Apunten aquí, porque a los desleales les tiembla siempre el pulso por el remordimiento. Voy a enseñar cómo muere un leal republicano”.

Mientras esto acontecía, un grupo de personas que sabía quién era Arteaga y admiraba a Salazar, se acercaron a la emperatriz Carlota pidiéndole interviniera con Maximiliano para que no fueran fusilados los prisioneros. La desdenosa princesa respondió:

—“Hay que matar a los bandidos para que sirvan de ejemplo de moralidad”.

Poco después el coronel Méndez fue ascendido por el propio Maximiliano por este hecho de armas, enviándole una carta personal de felicitación.

